

Oración familiar al fin e inicio de un nuevo año

Señor, Dios, dueño del tiempo y de la eternidad, tuyo es el hoy y el mañana, el pasado y el futuro. Al terminar este año 2017 te damos gracias por todo aquello que recibimos de ti. Gracias por la vida y el amor, por el aire y el sol, por la alegría y el dolor, por cuanto fue posible y por lo que no pudo ser.

Todos: Gracias, Señor.

Pero también, Señor, hoy queremos pedirte perdón por el tiempo perdido, por el dinero mal gastado, por la palabra inútil y el amor desperdiciado. Por las obras vacías y por el trabajo mal hecho, y por vivir sin entusiasmo. Perdón por la oración que poco a poco fuimos aplazando y que hasta ahora venimos a presentarte. Por todos nuestros olvidos, descuidos y silencios, por todo lo negativo, Señor te pedimos perdón.

Todos: Perdón, Señor perdón.

Te ofrecemos los esfuerzos y trabajos que pudimos realizar, las cosas que pasaron por nuestras manos y lo que con ellas pudimos construir.

Todos: Te lo ofrecemos, Señor.

Te pedimos por nuestros vecinos y nuevas amistades, por nuestros familiares más cercanos y los que viven más lejos. Por las personas que nos dieron la mano en los momentos difíciles, por aquellos a los que pudimos ayudar y con los que compartimos la vida, el trabajo, el dolor y la alegría.

Todos: Te lo pedimos, Señor.

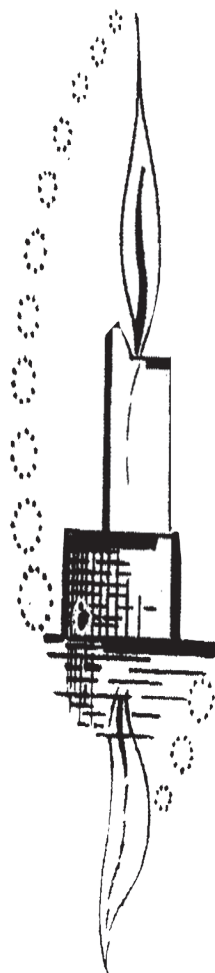
Ante la oportunidad de iniciar un nuevo año, guardamos silencio para agradecerte el don de la vida. Te pedimos tu gracia para que en nuestro hogar sembremos la alegría y el compromiso de afrontar la vida con valor, responsabilidad y esperanza. Señor, abre nuestros corazones a todo lo que viene de Tí.

Todos: Te damos gracias, Señor.

Ayúdanos a hacer de nuestra familia un espacio y un ambiente donde nos comprometamos a construir un hogar que sea escuela de vida formadora de personas y de verdaderos cristianos, un taller donde aprendamos a luchar por una sociedad más justa y solidaria, y un santuario donde se defienda y promueva la vida.

Señor, danos tu bendición para ser testigos de tu amor, durante este año 2018 que hoy nos permites iniciar. Virgen de la Paz, danos tu bendición, Señor de la Vida, danos la fuerza de tu Espíritu. Así sea.

Todos: Unidos de las manos, se reza la oración del Padre Nuestro.



HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

La Sagrada Familia de Jesús, María y José



Año 17 Número 850 31 de diciembre, 2017 Diócesis de Ciudad Guzmán

La familia, marco insustituible

En este domingo, que es el último día del año 2017, celebramos a la Sagrada Familia. El Evangelista san Lucas nos relata el rito de la presentación del niño Jesús en el Templo ante Dios, a donde lo llevaron sus padres, José y María.



Simeón, varón justo y temeroso de Dios, es un personaje entrañable que guardaba en su corazón la esperanza de ver un día el consuelo que tanto necesitaba el pueblo de Israel. Impulsado por el Espíritu de Dios, Simeón mira el momento en que están entrando María y José con el Niño. Le conmueve ver a aquella pareja de pobres entrar a la casa de Dios para consagrar a Jesús.

El hombre experimenta la felicidad, pues descubre que Dios le cumplió la promesa de ver al Salvador. En un gesto atrevido y maternal, toma al niño en sus brazos con amor y cariño grande, bendice a Dios y bendice a los padres. Ellos quedan admirados de semejantes palabras. Sin duda, el evangelista presenta a este anciano como modelo de fe, de esperanza y de amor.

El fragmento de hoy termina proclamando el crecimiento de Jesús "en edad, sabiduría y gracia, ante los hombres y ante Dios". Hoy en día la familia sigue siendo el marco privilegiado para el desarrollo de la persona humana, para cultivar el proyecto de Dios y la apertura a la comunidad; pero no sólo durante los años de la niñez o juventud sino durante todas las etapas de nuestra vida, siempre en relación con la comunidad.

Pidamos a Dios que, durante el año que estamos por comenzar, y a ejemplo de la Sagrada Familia, sepamos vivir en el amor, la humildad, la bondad, la solidaridad, la esperanza, como hijos, como hermanos, como pareja, como padre o madre, como abuelos.

La Semilla está en Internet: www.elpuente.org.mx

Salmo Responsorial
(Salmo 104)

**R/. El Señor nunca
olvida sus promesas**

**Aclamen al Señor y denle
gracias, relaten sus prodigios
a los pueblos. Entonen en
su honor himnos y cantos,
celebren sus portentos. R/.**

**Del nombre del Señor
enorgullézcense y siéntase
feliz el que lo busca.
Recurran al Señor y a su
poder y a su presencia
acudan. R/.**

**Recuerden los prodigios que
él ha hecho, sus portentos y
oráculos, descendientes de
Abraham, su servidor, estirpe
de Jacob, su predilecto. R/.**



Aclamación antes
del Evangelio

(Heb. 1, 1-2)

R/. Aleluya, aleluya

**En distintas ocasiones y
de muchas maneras habló
Dios en el pasado a nuestros
padres, por boca de los
profetas. Ahora, en estos
tiempos, que son los últimos,
nos ha hablado por
medio de su Hijo.**

R/. Aleluya, aleluya

La Palabra del domingo...

Del libro del Génesis

(15, 1-6; 21, 1-3)

En aquel tiempo, el Señor se le apareció a Abram y le dijo: “No temas, Abram. Yo soy tu protector y tu recompensa será muy grande”. Abram le respondió: “Señor, Señor mío, ¿qué me vas a poder dar, puesto que voy a morir sin hijos? Ya que no me has dado descendientes, un criado de mi casa será mi heredero”. Pero el Señor le dijo: “Ése no será tu heredero, sino uno que saldrá de tus entrañas”. Y haciéndolo salir de la casa, le dijo: “Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes”. Luego añadió: “Así será tu descendencia”. Abram creyó lo que el Señor le decía y, por esa fe, el Señor lo tuvo por justo. Poco tiempo después, el Señor tuvo compasión de Sara, como lo había dicho y le cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y le dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios habría predicho. Abraham le puso por nombre Isaac al hijo que le había nacido de Sara.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

De la carta a los hebreos

(11, 8. 11-12. 17-19)

Hermanos: Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia. Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia, numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar. Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho:

De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas

(2, 22-40)

Transcurrido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, ella y José llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y también para ofrecer, como dice la ley, un par de tórtolas o dos pichones.*

Vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón, varón justo y temeroso de Dios, que aguardaba el consuelo de Israel; en él moraba el Espíritu Santo, el cual le había revelado que no moriría sin haber visto antes al Mesías del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo, y cuando José y María entraban con el niño Jesús para cumplir con lo prescrito por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios, diciendo: “Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido, porque mis ojos han visto a tu Salvador, al que has preparado para bien de todos los pueblos; luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel”.

El padre y la madre del niño estaban admirados de semejantes palabras.

Simeón los bendijo, y a María, la madre de Jesús, le anunció: “Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atrevesará el alma”.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De joven, había vivido siete años casada y tenía ya ochenta y cuatro años de edad. No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Ana se acercó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Una vez que José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

**Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.**